



Equilibrios inestables: La opinión pública en la era COVID

Cualquier intento de descifrar el humor político de la sociedad española tras los distópicos meses vividos y ante los muy inciertos que nos aguardan se enfrenta a varias dificultades. Una, discernir cómo afecta la excepcionalidad de la situación a las reacciones políticas de la gente. Otra, decidir qué fuentes de información resultan más creíbles para 'leer' ese humor.

La primera dificultad tiene que ver con la forma en que situaciones tan singulares y disruptivas impactan sobre las opiniones y actitudes de la gente. El fenómeno que hace cincuenta años etiquetó el politólogo John Mueller como “rally ‘round the flag’” (congregarse en torno a la bandera) para describir la reacción –intensa, pero efímera– de generar o reforzar apoyo al Gobierno que experimentan las sociedades ante un *shock* extraordinario y amenazador puede formar parte de la expli-

cación de lo que estamos viendo en las encuestas alrededor del mundo en estos meses.

Pero también hay que tener en cuenta en la explicación de ese humor político el clima de polarización que –en España como en otras sociedades– se ha generado desde hace algunos años y que hace que una proporción cada vez mayor de ciudadanos se instale en una bur-

JOSÉ IGNACIO WERT

Sociólogo. Ministro de Educación Cultura y Deporte (2011-2015). Su último libro es *Los Años de Rajoy. La Política de la Crisis y la Crisis de la Política*

buja social y mediática, una *cámara de eco* (*echo chamber*) a la que solo le llegan estímulos congruentes con sus ideas, sus prejuicios, sus filias y sus fobias.

El *Global Attitudes Survey* del *Pew Research Center*, una encuesta realizada este verano en 14 de los principales países desarrollados, entre ellos España, sugiere que en la mayor parte de ellos ha funcionado el efecto congregador (*rally*): solo en Estados Unidos y el Reino Unido son más quienes piensan que se ha gestionado mal la crisis que aquellos que opinan que se ha gestionado bien, pero incluso en estos países las diferencias entre ambos grupos son cortas: 8 puntos en el Reino Unido y 6 en Estados Unidos.

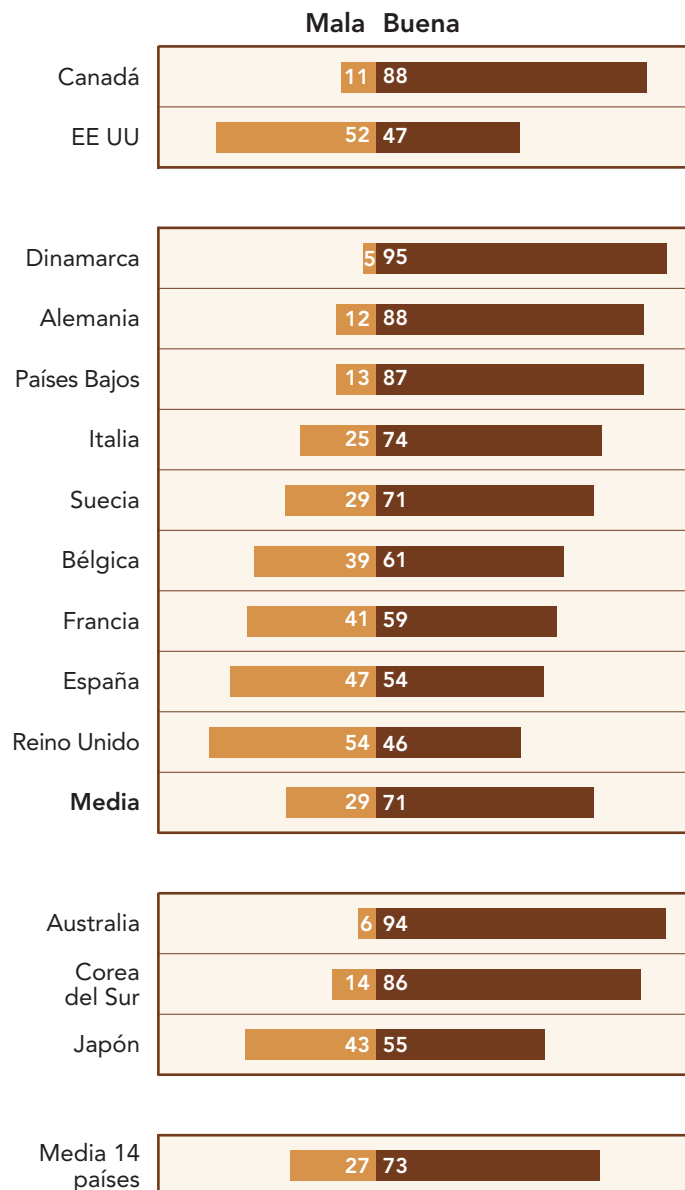
En España, la diferencia a favor de quienes tienen una visión positiva de la gestión es de 6 puntos (53 frente a 47%), muy lejos de la media simple de los 14 países, en los que la opinión positiva asciende al 72%. En cuanto al efecto de la polarización de las opiniones, la encuesta sugiere que en España es bastante fuerte: la diferencia en la percepción de la gestión entre quienes se definen en la derecha y en la izquierda es de 33 puntos, solo inferior a la que se da en Estados Unidos entre demócratas y republicanos (<https://www.pewresearch.org/global/2020/08/27/most-approve-of-national-response-to-covid-19-in-14-advanced-economies/>).

Junto a estos dos elementos, pienso que también es muy importante en el caso de España lo que he llamado el *cuasi-monopolio* del relato por parte del Gobierno (“*El desconcierto*”, *El Mundo*, 15 de agosto. <https://www.elmundo.es/opinion/2020/08/14/5f367e19fdddf924b8b45ea.html>). El Gobierno cier-

GRÁFICO 1.

La mayoría de la gente piensa que su país ha manejado bien la crisis del COVID-19, excepto en EE UU y Reino Unido

% de personas que opinan que su país ha hecho una gestión de los brotes de coronavirus



Nota: No se muestran los que no contestan. En Australia y Canadá se preguntó sobre el "COVID-19", en Japón sobre el "nuevo coronavirus" y en Corea del Sur sobre "Corona19".

Fuente: Pew Research Center

tamente ha actuado con retraso, con torpeza y con notable ineficacia en la gestión sanitaria y económica de la crisis provocada por la pandemia. No es preciso insistir en lo que nos dice el *cuadro de mando* objetivo del balance. Desde el punto de vista sanitario, una proporción mayor de contagiados que ningún otro país europeo, una proporción igualmente mayor de fallecidos, especialmente si atendemos no a los inexplicables (e inexplicados) datos del Gobierno sino a los que resultan simplemente de consolidar los facilitados por las comunidades autónomas (que han superado ya los 46.000 en el momento de escribir esto) y de lejos el rebrote más intenso de cuantos han tenido lugar en Europa.

Si contemplamos la situación desde el ángulo económico y social, el balance es igualmente inequívoco: la española es la economía de la OCDE que experimenta un mayor retroceso tanto en su Producto Interior Bruto (un descenso interanual del 22,1% en el primer semestre de 2020) como en su empleo (una reducción del empleo equivalente a tiempo completo del 18,5% en esa misma referencia temporal).

Pero si el balance sanitario, económico y social es tan negativo como los datos anteriores ponen de manifiesto, el balance comunicativo desde el punto de vista del Gobierno resulta difícilmente mejorable, si uno deja al margen cualquier consideración sobre la ética en el uso de la comunicación. La des-

El clima de polarización generado desde hace algunos años hace que una proporción cada vez mayor de ciudadanos se instale en una burbuja social y mediática

igualdad de recursos mediáticos próximos al Gobierno y a la oposición es parte de la explicación. Pero no toda la explicación: en la estrategia de construcción del relato el Gobierno ha ganado por goleada.

La estrategia gubernamental se ha apoyado en varios pilares. El primero, una fuerte personalización por supuesto en Pedro Sánchez y –a una distancia de respeto– en el ministro de Sanidad y el responsable operativo de la estrategia sanitaria, Fernando Simón. Los tres –y sobre todo el primero– han disfrutado de un nivel de exposición inédito y unos formatos de exposición *a medida*, de los que ningún responsable político había dispuesto hasta ahora en la historia de nuestra democracia. Y los tres –y sobre todo el primero– han puesto esa ventaja al servicio de tejer un relato que, por inverosímil que parezca si se contrasta con los hechos, ha resultado verosímil para muchos proclives a creerlo o simplemente rendidos a la machacona insistencia de su difusión.

Los inacabables minutos y horas de televisión –consumidos esencialmente en modo monólogo– por Sánchez a lo largo de cuatro meses no tienen parangón en el uso de este medio, ni por ninguno de sus predecesores en la magistratura que ocupa, ni por quienes actualmente ocupan una posición similar a la suya en países como el nuestro que también han tenido que enfrentarse a la pandemia. Aun no entiendo qué pudor ha impedido a los partidos de la oposición dejar pasar este abuso manifiesto sin prácticamente una crítica.

Lo podría entender, por otra parte, si el contenido de esos mensajes hubiera tenido el propósito institucional bajo el que se presentaban. Pero ese no ha sido ni remotamente

el caso. La estructura de las intervenciones, con variaciones que iba dictando la evolución de la pandemia, ha tenido cuatro ejes vertebradores: (i) esto nos ha caído encima, sin culpa alguna por nuestra parte; (ii) estamos poniendo los medios y nuestros resultados son comparables a los de los demás; (iii) no vamos a dejar a nadie atrás; y (iv) no estamos contando con la colaboración de los partidos de la oposición, que anteponen sus intereses a los del país.

Es una combinación de mensajes de autoafirmación, auto-exculpación y de *blame game*. Más de los primeros en la fase de estado de alarma y cada vez más de lo tercero en las fases posteriores, muy especialmente en el rebrote de agosto. Como guarnición, algún

aderezo de frases de eco rooseveltiano, churchilliano o kennediano, e incluso algún toque inconfeso de Josiah Bartlet, a cargo de los 'Westwingers' autóctonos con despacho en Moncloa. Una vez que se ha visto que el plagio carece de sanción política entre nosotros, para qué privarse de nada.

La cosa es que, por tosco que parezca el mensaje, ha colado. La *auto-exculpación*, sobre la base de una sistemática manipulación de los datos de contexto exterior y de realidad interior, para presentar la situación de España como normal y la gestión de la pandemia como ejemplar. Dentro de ello, sin duda lo

Si el balance sanitario, económico y social es tan negativo como indican los datos, el balance comunicativo del Gobierno resulta difícilmente mejorable, al margen de cualquier consideración sobre la ética en el uso de la comunicación



más escandaloso, la minoración deliberada de la cifra de fallecidos. La contabilidad de las comunidades autónomas y los indicadores indirectos (exceso de mortalidad MoMo y cálculos del INE) convergen en una mortalidad que supera en un 55% la oficialmente reconocida.

La *auto-afirmación* viene de la mano de un relato magnificado (y en algún caso, como el del Ingreso Mínimo Vital, desautorizado por la realidad) del eslogan de que no se va a dejar a nadie atrás. La largueza permitida por



los mecanismos crediticios y de subvenciones de la Unión Europea han servido para dar cierta verosimilitud a este eje del relato, que se presenta además como diferencial respecto a la gestión de la crisis económica a partir de 2008, como si el contexto y los recursos fueran comparables.

El *blame game*, con varias declinaciones. La primera, la deslealtad de una oposición que no se avenía a alinearse con el Gobierno, estableciendo una tramposa sinonimia entre crítica y deslealtad. Así, Sánchez, obviando

por completo su deliberada falta de comunicación con los líderes opositores y especialmente con el principal de ellos, ha fustigado sin descanso la actitud que ha calificado de obstructiva y poco patriótica del PP, pese a que en ningún momento él ha hecho gesto alguno de acercamiento para compartir la política de respuesta a la crisis sanitaria.

La segunda declinación, *post-alarma*, es mucho más rotunda: desentendimiento de la cuestión y transferencia de la culpa a las comunidades autónomas. Tanto más descarada esta estrategia cuanto más obvia se hacía la falsedad de aquel campanudo “Hemos derrotado al virus” de Sánchez al finalizar el larguísimo estado de alarma. Ese “hemos” (puro “he” mayestático) suena ahora como una broma de mal gusto, con el virus menos controlado en nuestro país que en cualquier otro de nuestro entorno.

Más allá de la cuestión estrictamente sanitaria, la reverberación de la crisis desatada en la economía y la gobernanza no puede sino reflejar las negativas consecuencias de la pésima gestión –en sentido y en oportunidad– de aquella. Así, un confinamiento tardío, universal y prolongado llevó a nuestra economía a ser la que experimentó el deterioro más intenso de todo nuestro entorno. A su vez, una “*desescalada*” –curioso término para referirse a un país que estaba en el hoyo y no en el Everest– arbitrariamente asimétrica y acelerada por el pánico al desplome total del turismo ha provocado el peor rebrote del mundo... sin evitar aquel desplome, sino potenciándolo.

Al tiempo, la crisis ha puesto de manifiesto –y sería injusto incluir esto en el *debe* exclu-

Lo más escandaloso es la minoración deliberada de la cifra de fallecidos. La contabilidad de las comunidades autónomas y los indicadores indirectos (MoMo e INE) convergen en una mortalidad un 55% superior a la oficialmente reconocida

sivo del Gobierno, puesto que se trata de un déficit estructural que arrastramos desde hace muchos años— un serio problema de gobernanza en la coordinación de los dos niveles principales de nuestro Estado compuesto —el nacional y el regional— que, mal que bien, permite el *business as usual* pero que desde luego reventaría por todas las costuras cuando las cosas se ponen feas. Pareciera que entre el control total por el Gobierno central en el estado de alarma y el borrado absoluto de aquel gobierno cuando ese estado termina no hubiera nada. La *co-gobernanza* materialmente no existe fuera de los discursos de Sánchez ni, salvo imprescindibles ajustes jurídicos, podemos esperar que

exista en el futuro. Faltan mecanismos y además falta lealtad institucional, tanto más importante cuanto más crítica sea la situación.

Vamos ahora a examinar la segunda de las cuestiones que apuntábamos al comienzo: las fuentes de que nos servimos para acercarnos al examen del humor político —a través esencialmente de las encuestas que incluyen indicadores de preferencia electoral— de la sociedad española.

Una advertencia previa parece obligada. Si siempre hay que mirar con cierta cautela el valor predictivo de los datos de preferencia electoral en momentos alejados de una contienda electoral, en situación tan atribulada

como la presente esa cautela debe ser aún mayor. En España ya se podrían convocar elecciones a partir del 24 de septiembre de este año, al cumplirse un año de la anterior disolución, pero las posibilidades de una disolución anticipada próxima o de que prospere una moción de censura son muy remotas. Incluso si se resquebrajara el precario respaldo parlamentario del actual Gobierno, Sánchez cuenta con la ventaja de la heterogeneidad de una oposición tan fragmentada que resulta inimaginable que alcanzara un acuerdo para tumbar al Gobierno desde los mecanismos constitucionales.

Dicho lo cual, las encuestas y —dentro de sus limitaciones de comparabilidad— las propias elecciones que han tenido lugar meses atrás en Galicia y el País Vasco nos ofrecen indicaciones contradictorias para intentar bosquejar dónde están hoy las preferencias políticas de los españoles.

En cuanto a las encuestas, es preciso distinguir entre el CIS y el *resto del mundo*. El CIS otorgaba en su anterior estimación de julio una ventaja al PSOE de 13 puntos porcentuales sobre el PP, prácticamente el doble de la que obtuvo en noviembre pasado. A ello llega atribuyéndole al PSOE un 16% más de cuota electoral que la obtenida en noviembre y recortando la del PP en términos relativos un 7%. Por su parte, concedía a Unidas Podemos prácticamente el mismo resultado que obtuvo en noviembre, mientras que recortaba la cuota de Vox en un 18% e incrementaba la de Ciudadanos en un 28%.

Es decir, que la gestión de la pandemia habría premiado al Gobierno y a quienes le acompañan mientras que castigaría a quienes

se han opuesto a esa gestión, en medida directamente proporcional a la intensidad de su oposición.

El proceso por el que se llega a esta conclusión resulta un tanto desconcertante a la vista de los datos brutos de la encuesta. Se desprende de ellos que los votantes del PP tienen mayor fidelidad electoral (75%) que los del PSOE (72%), los de UP (69%) e incluso los de Vox (73%). Pero lo que resulta asombroso es que se estime un crecimiento de Cs del 28% cuando la fidelidad de sus votantes de noviembre es apenas del 45%, ya que un 18% de ellos afirman que votarían al PP, un 4% a Vox y un 3% al PSOE.

¿Cómo se explica esto? Los antecedentes son claros: si comparamos el ajuste de las estimaciones del CIS en las últimas elecciones generales con la realidad vemos que mientras los votos que el CIS estimaba para PSOE, UP y Cs se sobreestimaron un 15, un 14 y un 56% respectivamente, los del PP se subestimaron un 13% y los de Vox un 48%. La sospecha de que existe un *sesgo sistemático* en estas estimaciones está razonablemente fundada.

De igual forma que en las elecciones las estimaciones del CIS fueron, con gran diferencia, las más alejadas de la realidad electoral, ahora sus encuestas tienen muy poco que ver con el *consensus forecast* que sería la media de las encuestas privadas de las últimas semanas. Según estas encuestas, el PSOE sería el partido más votado, ligeramente por debajo de su resultado de noviembre, mientras que el PP tendría un claro crecimiento relativo, quedando entre 2 y 4 puntos por debajo del PSOE. Con ligeras oscilaciones Vox y Cs cotizarían a la par con sus resultados de

noviembre mientras que UP retrocede sensiblemente en la práctica totalidad de los sondeos recientes.

Una tercera vía de aproximación la proporcionan los resultados de las elecciones celebradas en julio de este año en Galicia y País Vasco, a pesar de que evidentemente el *color local* de las mismas no permite trasvasarlas mecánicamente como heraldos de lo que sería el comportamiento en unas elecciones generales. Aun así, los resultados no parecen prestar aval a la idea de que los partidos del Gobierno se están fortaleciendo electoralmente: el retroceso relativo conjunto de PSOE y UP respecto a noviembre de 2009 es del 48% en Galicia y del 38% en el País Vasco.

Este es el panorama de la opinión, de contorno un tanto vago y poco concluyente, que sugiere un equilibrio inestable, un compás de espera de duración incierta. La pregunta que está en el aire es hacia dónde y cuándo se producirá una decantación de ese panorama. Pregunta, como puede comprenderse, mucho más fácil de formular que de responder.

En primer lugar, porque la magnitud de la disrupción que la pandemia ha originado y la incertidumbre acerca de su superación en términos sanitarios y acerca de la forma y los tiempos de la salida económica abren un enorme signo de interrogación sobre esa evolución. Ciertamente

La co-gobernanza materialmente no existe fuera de los discursos de Sánchez ni, salvo imprescindibles ajustes jurídicos, podemos esperar que exista en el futuro. Faltan mecanismos y además falta lealtad institucional

la existencia de amortiguadores financieros y económicos permite, a diferencia de la crisis anterior, una gestión menos traumática de las consecuencias sociales, pero un nivel considerable de daño estructural al tejido productivo se puede considerar ya inevitable. Y, aún más, no parece dudoso que a medio plazo se produzcan cambios de comportamiento social (por ejemplo, respecto a turismo y ocio) que resulten especialmente desventajosos para nuestro país.

En segundo lugar, porque esta crisis se superpone a una crisis de representación política profunda y polifacética que se desencadena tras la crisis económica que arranca en 2008 y que ha transformado el mapa partidario y los equilibrios parlamentarios sin haber alcanzado, a mi juicio, un punto de equilibrio estable. El sistema se ha alejado del *bipartidismo imperfecto* bajo el que había funcionado desde la restauración de la democracia para convertirse, siempre según la taxonomía de Sartori, en uno de *pluralismo polarizado*. En las últimas elecciones generales las formaciones populistas (de derecha, de izquierda e independentistas) recabaron el 37,3% de los votos y el 30,6% de los escaños del Congreso. La fuerza electoral y parlamentaria del populismo en España es la cuarta entre los 27 países de la Unión Europea, solo por detrás de Hungría, Polonia e Italia. De hecho, una de las forma-

Si comparamos las estimaciones del CIS en las últimas elecciones generales con la realidad, los votos de PSOE, UP y Cs se sobreestimaron un 15, un 14 y un 56%, mientras los del PP y Vox se subestimaron un 13 y un 48%. Hay sospecha razonable de sesgo sistemático

ciones que las investigadoras del ECFR Susi Dennison y Dina Pardjís definieron como “partidos insurgentes”, forma parte del Gobierno y para la formación del mismo fue precisa la colaboración de más formaciones de esta naturaleza.

Estamos frente a un contexto de excepcionalidad y polarización, en el que las lentes de percepción de la realidad se parecen más a los espejos cóncavos y convexos del callejón del Gato que a las gafas graduadas para enfocar mejor. En la encuesta antes citada del *Pew Research Center*, el 89% de la minoría que en España contempla en positivo la situación económica piensa que el Gobierno está gestionando bien la pandemia, mientras que entre quienes ven negativamente la situación económica menos de la mitad creen que el Gobierno haya gestionado bien la pandemia.

Más si es posible que hasta ahora tanto la prevalencia narrativa como la expectativa más o menos crédula en el poder curativo del maná europeo hayan mantenido más o menos estable el apoyo al Gobierno en las encuestas, hay que preguntarse qué puede pasar a partir de ahora. Si —como es de temer— ni la superación de la pandemia ni la recuperación progresan a buen ritmo, *winter is coming*. Ahora bien, lo que puede definir un cambio de humor en esta coyuntura no es tanto cómo vayan en general la salud y la economía (lo que la teoría del voto económico llama *valoración sociotrópica*) cuanto cómo vaya la situación personal y familiar tanto en términos de salud como de empleo e ingresos (*valoración egotrópica*). Y ahí tendrá mucha importancia el funcionamiento de los amortiguadores sociales. Una vez que se ha creado una expectativa en torno al eslogan de que no se va a dejar a nadie atrás, el que la

misma se perciba como honrada o traicionada va a ser clave en la evolución de ese clima.

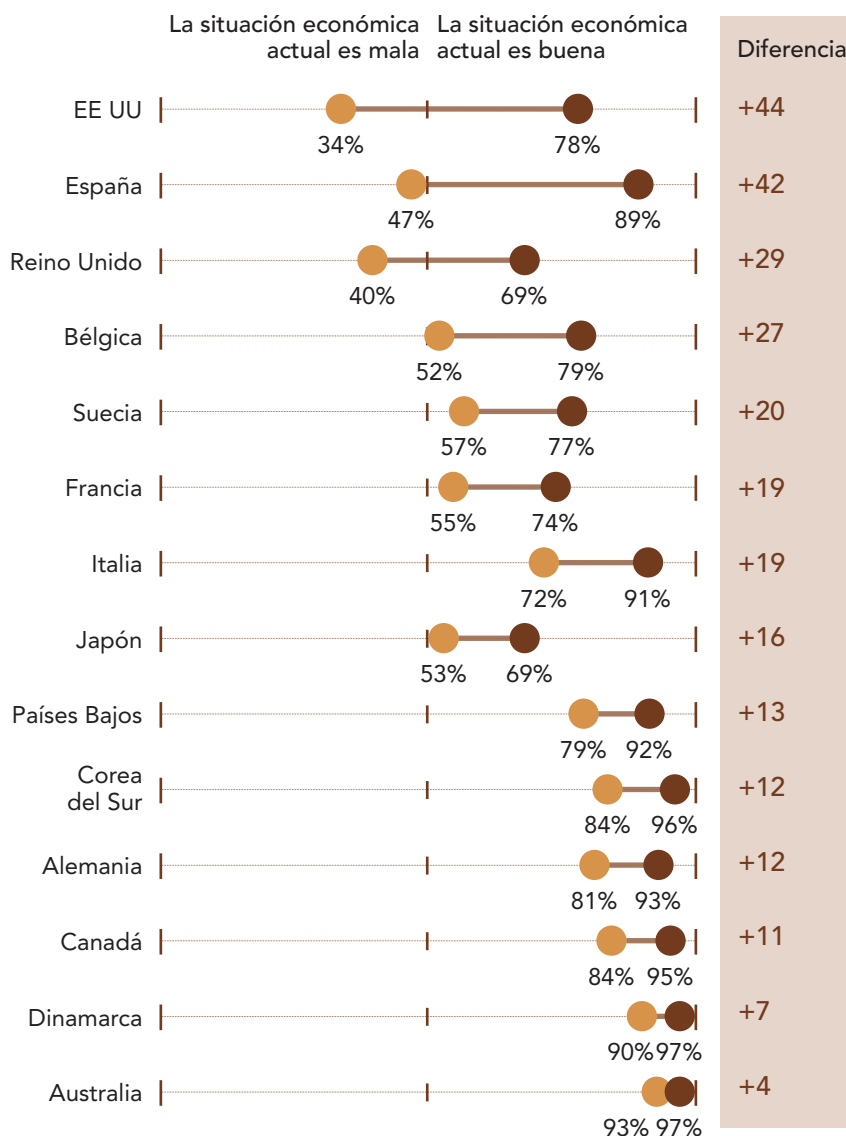
El Gobierno, es decir, su Presidente, puesto que estamos ante un poder decididamente cesarista, tiene que definir si mantiene la línea política *pre-Covid*, esto es, ideológica y excluyente, o si firma un pacto con la realidad abriéndose de verdad y no solo en la retórica propagandística de la *unidad, unidad, unidad*, a un acuerdo transversal para impulsar políticas centradas con amplio respaldo. Hasta ahora no hay el menor atisbo de ese cam-

Una vez creada una expectativa en torno al eslogan "no se va a dejar a nadie atrás", el que la misma se perciba como honrada o traicionada va a ser clave en la evolución de ese clima de opinión

GRÁFICO 2.

La confianza económica va de la mano de la evaluación de la respuesta del Gobierno central frente a la COVID-19

% de personas que opinan que su país ha hecho un buen trabajo frente a los brotes de coronavirus, entre ellos los que dicen que en su país



Nota: Todas las diferencias mostradas son estadísticamente significativas. En Australia y Canadá se preguntó sobre el "COVID-19", en Japón sobre el "nuevo coronavirus" y en Corea del Sur sobre "Corona19".

Fuente: Pew Research Center

bio, pero tal vez, más por necesidad que por convicción, el contexto europeo le podría empujar en esa dirección. En cambio, puede –y es lo más probable– que se empecine en seguir el camino de gobernar con los variados apoyos que le permitieron la investidura tal vez apoyándose ocasionalmente en Cs allá donde le falle el apoyo de ERC. Ello aumentaría la tendencia a la entropía dentro del Gobierno y –a mi juicio, naturalmente– sería más bien incompatible con una agenda reformista exigente y no necesariamente simpática como la que va a interesar Europa. Pero Sánchez no parece inclinado a *trade-offs* que pongan en riesgo su posición ni se ha visto jamás en sus decisiones el menor afán de ir más allá del cortísimo plazo.

A su vez, en el principal partido de la oposición parece necesario que se abra una reflexión estratégica acerca de cómo puede

Si se dice que las elecciones no las gana la oposición, sino que las pierde el Gobierno, ahora la oposición se declina en plural y antes de ganar el Gobierno es preciso ganar la oposición

mejorar la percepción que su potencial clientela electoral tiene acerca de su utilidad y su relevancia en tan singular situación. Tiene ante sí un itinerario lleno de riesgos. Se enfrenta a oposiciones bilaterales fronterizas a derecha (Vox) e izquierda (Cs), pero además necesita succionar apoyo electoral al PSOE. No puede por tanto creer que –como en buena medida ha sucedido en los últimos treinta años– basta *esperar el turno*, confiando en que el Gobierno le vendrá a las manos *ex opere operato*. Si se dice que las elecciones no las gana la oposición, sino que las pierde el Gobierno, ahora es posible que las pierda el Gobierno, pero *la* oposición se declina en plural y antes de ganar el Gobierno es preciso ganar *la* oposición. Esto quiere decir que el PP necesita apalancarse en las fortalezas que históricamente le ha reconocido su base electoral (fundamentalmente, gestionar la creación de riqueza y empleo), mostrar solvencia, cohesión y dirección, y no perderse en querrelas internas, ni caer en las múltiples trampas que le tienden a derecha e izquierda.

El futuro político electoral tiene hoy probablemente una imprevisibilidad mayor que en cualquier momento anterior. El tamaño de la disrupción económica y social que la pandemia provoca está aún en buena medida por definir. La dirección en que esa disrupción imprima a la reacción social y política a la misma sufre de la misma dificultad de previsión. Caben tanto una reacción conservadora, buscadora de seguridad, como una radical, en busca de cambios profundos en el aparato político. Los operadores políticos instalados, los partidos y las instituciones van a navegar por mares inexplorados y con brújulas posiblemente averiadas. Esperemos que al menos soplen vientos favorables. ■

PALABRAS CLAVE

Sánchez ● Polarización ● COVID-19 ● Relato ● Gestión ● Comunicación ● CIS ● Encuestas